

Dime qué no sabes y te diré cómo traduces

Estar informado y abierto al conocimiento es una necesidad del traductor profesional. A veces, es clave informarse y saber acerca de conceptos de cierta complejidad. Sin embargo, el traductor de esta época también debe estar atento a aquellos saberes que circulan por fuera de la cultura oficial, dado que pueden ser útiles en el momento de doblar una *sitcom* o de traducir un artículo sobre el mundo del espectáculo, por ejemplo.

| Por la Trad. Públ. Gabriela Scandura |

En la entrevista que Estefanía Giménez Casset le hizo para esta misma revista, el doctor Juan José Martínez Sierra decía que «el traductor de textos audiovisuales ha de ser una persona muy preparada no solo lingüísticamente en ambas lenguas, sino también culturalmente (tanto en el sentido de persona formada y leída como en el de buen conocedor de las particularidades de las dos culturas involucradas)». ¡Qué razón tiene! Parece mentira que sea necesario recalcarle a un futuro traductor (y, peor aún, a un traductor en ejercicio) que es necesario *saber* —en el más amplio de los sentidos— para traducir.

Mis alumnos del traductorado tienen que leer los diarios y responder preguntas cada clase sobre las noticias de esa semana. Pero cada año se nota más la falta de cultura general de los jóvenes (no de todos, claro, pero de un gran porcentaje) y, por lo tanto, es más difícil que puedan compensar esa falta durante la carrera, para no equivocarse cuando ya estén ejerciendo como traductores. Con el tiempo, esa tendencia se ha traducido en una mayor cantidad de errores, a los que lamentablemente nos vamos acostumbrando. Baste como ejemplo que algún transcriptor despistado haya escrito alegremente en un programa que yo tenía que traducir del inglés que el deportista en cuestión había ido a competir a «Guata La Hara». Por supuesto que mi



>> Dime qué no sabes y te diré cómo traduces

tarea, entonces, debe ir más allá del «simple» ejercicio de traducir, reducir y parafrasear para subtítular, y debe incluir avisar a la empresa que «Guata La Hara» no es un lugar que exista en realidad, que deben modificar el subtítulo original en inglés, etcétera. Y dadas las circunstancias, parecería que no hay muchas posibilidades de que esta tendencia pueda revertirse pronto.

Está claro que no es mucho lo que se puede hacer respecto de los traductores que ya están ejerciendo, más allá de hablar sobre el problema en artículos y ponencias. Pero los profesores podemos y tenemos que enfatizar cada vez más la necesidad del traductor de *saber*; cuanto más, mejor. Y una manera de entusiasmar a los alumnos (y, por qué no, a los traductores recibidos) es, por ejemplo, utilizar las mismas cosas que a ellos les gusta hacer, como usar todo el tiempo el celular. ¿Por qué no instalarse alguna aplicación o jueguito con el que puedan aprender? Existen algunos que te invitan a adivinar el nombre de la ciudad a la que pertenece una foto o el nombre de la marca a la que pertenece el logo, y cosas por el estilo. Y se aprende muchísimo con ellos.

Lo que el doctor Martínez Sierra afirma no es una cuestión menor. Hace muchos años, presenté una ponencia que se llamaba «Wanna translate sitcoms? Gotta read *People* magazine». Y obviamente hablaba de la necesidad de conocer cosas menos formales, como escándalos mediáticos o los libros o canciones de moda, para traducir material audiovisual sin cometer errores. En la actualidad, esos conocimientos resultan cada vez más imprescindibles, debido a la enorme cantidad de usos de internet y la facilidad y rapidez con que se transmite todo tipo de información. Lo interesante es que, justamente por ese motivo, esos mismos conocimientos son necesarios para traducir cualquier tipo de texto. Porque no es raro que, por ejemplo, un psiquiatra de Yale mencione en una conferencia el incidente que generó Richard Gere al besar en público a la estrella de Bollywood Shilpa Shetty. O que se use en un texto de psicología el término *Ronalding* para describir el concepto de hacer algo (generalmente tramposo) para llamar la atención. Y tampoco extraña que, después de que Luis Suárez mordiera al jugador italiano en el Mundial, la palabra *suarezizing* se hiciera tan popular como para llegar a *The Washington Post* y para que *The Economist* titulara uno de sus artículos «The Luis Suarez of international finance». La conclusión es algo obvia, pero no por eso trivial: el requisito de *saber de todo* aplica a todos los traductores, no necesariamente a los audiovisuales, aunque en el caso de la TAV sea más notorio. Lo irónico es que, ahora que internet es casi omnipresente (computadoras, celulares, tabletas, televisores), el saber sea un problema.

En realidad, el problema radica en el hecho de que, aunque uno pueda buscar la información en internet, muchas veces es necesario conocerla *a priori*. Vale la pena recordar que la intertextualidad no siempre es explícita. El inglés suele recurrir a referencias de todo tipo en los títulos de episodios de series, de artículos periodísticos, etcétera, y las culturas angloparlantes tienen la costumbre de crear humor basándose en citas o escenas famosas (desde «Who you gonna call?» hasta «To be or not to be»). En esos casos, la dificultad radica en *conocer* la cita, la escena o la canción, ya que no tendremos una referencia explícita. A modo de ejemplo, si vemos una escena de *Los padrinos mágicos* y el personaje principal aparece en ropa interior y medias, resbalando por el piso con un micrófono en la mano al ritmo de *Old Time Rock'n'Roll*, algunos no la reconocerán, otros sabrán que hubo una escena similar en *La niñera* y otros sabrán que la escena original pertenecía a *Negocios riesgosos* y que el personaje en ropa interior era Tom Cruise. Y si nos ponemos a investigar, descubriremos que la misma escena se ha repetido en *Alf* y en *Alvin y las ardillas*; en comerciales de *Guitar Hero World Tour* con deportistas famosos como Kobe Bryant, Tony Hawk, Alex Rodriguez y Michael Phelps; y vaya uno a saber en cuántas ocasiones más. Pero si en una clase de treinta alumnos solo unos cinco vieron un clásico como *Forrest Gump* (y ni siquiera estoy hablando de *Jeer*), ¿cómo podrán reconocer referencias en frases como «Kennedy Space Center: Just one small step from Orlando»?

En *Translation, History, Culture*, editado por André Lefevere, se cita parte del prefacio de una obra traducida por el francés Nicolas Perrot d'Ablancourt (1606-1664), por quien un crítico acuñó la famosa frase «belles infidèles». D'Ablancourt comenta lo siguiente: «The author keeps quoting lines from Homer. [...] He also keeps quoting old hackneyed stories, proverbs, examples, and outworn comparisons sure to produce, in our time, an effect contrary to the author's intention, since we are dealing with jocularity here, not with erudition. I had to change all of this accordingly if I wanted to produce something that is pleasing». D'Ablancourt no solo necesitaba conocer las citas, historias y proverbios (¡y no tenía internet!), sino que además era consciente de que, para respetar la intención del autor y el efecto humorístico, debía modificarlos. ¿Cuántos años han pasado? Y, sin embargo, aún debemos insistir en la necesidad de hacer algo que D'Ablancourt sabía que debía hacer tanto tiempo atrás. Pero hay esperanza: en nuestra profesión, la edad es una ventaja en lo que a conocimientos se refiere. Tal vez, después de todo, con el tiempo y la concientización sí sea posible revertir la tendencia. ■